

»y que él mismo es herege, lo que probará en pleno concilio, libre y legítimamente reunido, al cual, si el dicho Sixto no se somete, como está obligado á ello por los mismos cánones, sostiene y declara que es herege y antecristo, y que en esta cualidad le hará una guerra perpetua; protestando contra la nulidad del acto de la excomunion, y que reclamará contra él y sus sucesores para la reparacion de la injuria que se le ha hecho á él y á toda la casa de Francia, como lo requiere el hecho y la necesidad presente. Que si en otras ocasiones los principes y los reyes sus predecesores, han sabido castigar la temeridad de las gentes como este llamado papa Sixto, cuando se han olvidado de sus deberes y pasado de los límites de su vocacion, confundiendo lo temporal con lo espiritual, el dicho rey de Navarra, que no es nada inferior á ellos, espera que Dios le haga la gracia de vengar la injuria hecha á su rey, á su casa y á su sangre, y á todos los parlamentos de Francia sobre el que se llama papa y sus sucesores, implorando con este motivo la ayuda y socorro de todos los principes, reyes, ciudades verdaderamente cristianas á quien concierna el hecho.»

No contento Enrique de Navarra con esta manifestacion, se dirigió á los Estados de Francia justificando su conducta, mientras sus principales partidarios hacian circular folletos en que se denunciaba la ambicion de los principes de la casa de Guisa y de cuantos atizaban la guerra ya declarada entre los católicos y los reformados. Mas la guerra ya era un hecho positivo. Pronunciado con tanta solemnidad el Vaticano á favor de los liguistas, estaban resueltos á sostener mas que nunca esta decision con las armas en la mano.

Los protestantes eran los menos; mas no por eso dejaron de acudir animosos á ponerse bajo la bandera del jóven Enrique de Navarra. Mientras tanto se presentaban los emisarios de este príncipe en la córte de Isabel y en la de los luteranos del Imperio, No permanecian

ociosos por su parte los predicantes de Ginebra, solicitando auxilios en obsequio de la santa causa. El famoso Teodoro Beza iba en mision por todas partes, poniendo en accion el inmenso ascendiente que ejercia en todos sus correligionarios. Por sus exhortaciones enviaron los principes del Imperio comisionados á la córte de Francia, con objeto de hacer entrar al rey en sentimientos mas pacíficos. Mas como no era el rey Enrique III el autor de aquella guerra, no pudo dar respuesta satisfactoria á los embajadores. Entonces los principes echaron mano de un medio mas eficaz, poniendo en movimiento cuerpos numerosos de reitres alemanes, que se dirigieron á la frontera de Francia á darse la mano con las tropas de Enrique de Navarra.

Estaban ya los ejércitos de uno y otro bando en movimiento; á cada instante se aguardaban noticias de batallas. A favor del calvinista estaba la experiencia de la guerra, y un valor nunca desmentido en los combates. Todos los señores de esta persuasion dejaron sus hogares, seguidos de todos sus dependientes y vasallos. Consistia su mayor fuerza en caballería, y los hombres iban cubiertos de hierro como los caballos. Reinaba en su campo aquel silencio religioso, aquella gravedad y hasta austeridad en sus obras y palabras, que era entonces el carácter dominante en cuantos se preciaban de seguir las nuevas doctrinas religiosas. El ejército realista, si se le puede dar este nombre, reducido como entonces estaba el rey á una especie de fantasma, era mucho mas numeroso, aunque heterogéneo. Por un lado se hallaba la gente alistada en las ciudades bajo la influencia y direccion de los jefes mas ardientes de la liga: del otro las tropas que pertenecian directamente á la córte, y en cuyas filas se hallaban un gran número de caballeros afiliados al partido medio, que no aprobaban aquella guerra, mas que no podian menos de obedecer las órdenes que, á pesar suyo, les daba su monarca.

Con las tropas del rey ó de la liga, se hicieron seis

cuerpos de ejército. Se envió el uno, á las órdenes del duque de Joyeuse, contra Enrique de Navarra, que se hallaba entonces entre el Loire y el Garona. Partió al frente del otro, Enrique, duque de Guisa, á salir al encuentro de los reitres alemanes. Cubria con otro á París el duque de Mayena, por si dichos reitres eludian el encuentro del de Guisa, ó tal vez le derrotaban. Se cubrian con otros dos la Auvernia y el Delfinado, y con el último la Normandía, para impedir que se juntasen con el de Navarra los auxilios que éste esperaba de los aliados extranjeros.

Ocurrió el primer encuentro cerca del pueblo de Coutras, en el Poitou, entre el duque de Joyeuse y Enrique de Navarra. Fué el choque violento, la batalla sangrienta, y la victoria decisiva por parte de los calvinistas, á pesar de que á favor de sus contrarios militaba la superioridad del número. Apenas entró en accion la infantería. Quedó cadáver en el campo el duque de Joyeuse, y con él un gran número de caballeros, peleando todos con denuedo. La superioridad fué toda por parte de los calvinistas, que si no estaban dotados de mas valor, tenían de su parte la mayor pujanza personal, y el estar endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Se condujo en la accion Enrique de Navarra con el valor é intrepidez que tan famoso ya le hacian.

Causó la noticia de este desastre sensacion profunda en el campo católico, y mucho mas en la corte, donde el duque de Joyeuse era uno de los principales favoritos. Quizá por esta circunstancia se enconaron mas contra el rey los liguistas exaltados, echándole la culpa de la pérdida de la jornada.

No fué de grande utilidad para los calvinistas una victoria tan brillante y decisiva. En aquella lucha de partidos, los ejércitos combatientes no eran mas que una pequeña fraccion de los que en ellos se hallaban afiliados. Se podia destruir un ejército sin acabar con una parcialidad que estaba siempre viva. Por otra parte los calvinis-

tas que no podian sostenerse mucho en campaña, por precision tenían que retirarse á sus casas, aguardando nueva ocasion para ponerse en movimiento.

La desgracia sufrida por el duque de Joyeuse en las llanuras de Poitou, fué reparada con usura por el duque de Guisa en las fronteras de Lorena. Avanzaban los reitres alemanes lentamente con todas precauciones por el odio de que eran objeto en todo el pais que atravesaban. Se levantaban las poblaciones en masa y echaban contra ellos las campanas á rebato. En esta situacion atacó inopinadamente el campo de estos extranjeros el duque de Guisa y los derrotó completamente, haciéndoles retirarse en dispersion y dejar para siempre aquel territorio que tan fatal habia sido para ellos.

Llegaron hasta el cielo las alabanzas cantadas por los jefes de la liga á favor del príncipe de Lorena que acababa de prestar tan útiles servicios á la santa causa; de un príncipe defensor ardiente del catolicismo. El paralelo que se hizo entonces entre el jefe de la liga vencedor y el general de la corte destrozado, redundó en nuevo descrédito del rey con quien se tenían cada dia menos consideraciones. A desvirtuarle, á hacerle objeto de desprecio, á convertirle en una completa nulidad, aspiraban los jefes ardientes de la liga. No se contentaban sin duda con excluir de la sucesion á los príncipes calvinistas; el deshacerse de su persona misma, era el último resultado á que aspiraban; designio que se concibe muy bien, teniendo presente que Enrique III era mozo, casi de menos edad aún que el mismo Guisa.

No contento con las condiciones que le habian impuesto en el convenio que habia dado principio á esta guerra; se juntaron en Nancy los jefes principales, y despues de varias conferencias, se determinó intimar al rey, que se mostrase mas abierta y públicamente protector y amigo de la santa liga; que quitase las plazas, estados y oficios importantes á las personas que se le designasen; que hiciese publicar el Concilio de Trento en toda Francia,

de que se estableciese la inquisicion á lo menos en las ciudades que tenian el título de buenas: que se pusiesen en las manos de los que se le nombrasen las plazas fuertes de importancia: que igualmente se le designarian, las en que harian las fortificaciones é introducirian la gente de guerra que mejor les pareciese: que pagase en la Lorena y en las inmediaciones un número de tropas suficiente á fin de impedir una invasion de soldados extranjeros: que para cubrir otros gastos se vendiesen lo mas pronto posible y sin ninguna formalidad, los bienes de todos los hereges y sus asociados: que en adelante no se diese cuartel á ningun herege á no ofrecer una seguridad válida de ser buen católico y pagando el valor de sus bienes en caso de no estar vendidos.

Tales fueron las nuevas condiciones que desde Nancy se enviaron al rey á París para que las firmase si queria continuar en la posesion de la corona. Que en esta conferencia, en este negocio estaba la persona del rey de España como la mas influyente, ademas de ser tan probable, consta de documentos auténticos como son las cartas frecuentes que escribia á sus embajadores. Estaba esta conducta en su política, en sus ideas, en sus proyectos ulteriores. Quería que la Francia fuese tan católica como España, queria la espurgacion absoluta de los protestantes, que desapareciese de aquel trono un monarca débil é inconstante de cuya amistad no tenia pruebas, habiéndolas antes recibido ya de lo contrario, por la entrada en los Países-Bajos del príncipe de Anjou, por el apresto de la expedicion enviada á la Tercera. Lo que queria Felipe II era un rey de Francia ardiente católico enteramente á su disposicion; es decir, reinar él mismo de hecho aunque otro estuviese en posesion del título.

Mientras se extendian en Nancy los nuevos artículos que debía firmar el rey de Francia, se hallaba éste entregado á los actos públicos de devocion que le eran ya tan habituales. Asistia á las procesiones, se mezclaba con los penitentes, visitaba los conventos: nada omitia

para hacer ver la sinceridad de sus principios católicos. Mas por una fatalidad de este monarca, se obstinaba el partido ardiente de la liga en hacer ver que todos estos actos llevaban el sello de la hipocresia. A pesar de haberse declarado protector y jefe de la liga, no cesaban de declamar contra sus vicios, contra sus disoluciones hasta de lo alto de los mismos púlpitos.

Firmó Enrique III los artículos relativos á la admission del Concilio de Trento, al establecimiento de la inquisicion, aplazando los relativos á la entrega de las ciudades, confiscacion de los bienes de los calvinistas y otros de este género. Así quedó por entonces indecisa la liga, y neutralizadas sus hostilidades. Mas volvió á encender pronto la llama del descontento, subiendo mas de punto las exigencias de un partido que no queria amistad con el rey, á menos que se sometiese á ser el ciego instrumento de toda su política.

Permanecia el duque de Guisa en la córte de Lorena rodeado de sus mas celosos partidarios, cada vez en correspondencia mas activa con Felipe II, á quien hacia ver la urgencia de enviarle los auxilios pecuniarios que tantas veces le habia prometido. No era sin duda avaro el rey de España, sobre todo tratándose de fomentar empresas que favorecian sus miras y servian su política, pero sobrado, cauto y receloso, desconfiando tal vez de la buena fé con que le ayudaban sus partidarios en Francia, gastaba con ellos mas palabras que obras y por ningun estilo les enviaba todo el dinero que pedian. No era extraño que el lujo, la esplendidez en que vivian todos los magnates de aquel reino disgustase á un hombre tan rigido, tan parco, tan mesurado en sus costumbres. Sin embargo, tenia que servirse de ellos como instrumentos necesarios á lo menos por entonces, reservándose otra conducta para cuando se mostrase mas despejado el horizonte.

Mientras los Guisas intrigaban en Lorena, los liguistas de París mas celosos, mas ardientes, mas desinteresados, menos calculadores, acusaban á los primeros de

tibios, de remisos en venir al seno de la capital á consumar la obra de lo que ellos llamaban el triunfo de la religion católica. Enemigos cada vez mas declarados del monarca y de los hombres del partido medio á quienes profesaban poco menos odio que á los calvinistas mismos, temian con razon que disgustado y ofendido el rey, y viendo el borde del abismo en que le habian colocado, despertase del letargo, se rodease de sus muchos y celosos servidores y, acordándose de que era el rey, diese un golpe de estado en París mismo, apoderándose violentamente de las personas de los jefes populares. Tal vez era este el designio de Enrique III quien no carecia de valor, y probablemente no se habia olvidado de los triunfos obtenidos en sus primeros años. Sin duda estaba esto en las miras de la reina Catalina, de los políticos y de todos los que veian con inquietud los funestos progresos de la liga. Por eso los jefes de esta parcialidad enviaban espreso sobre espreso al duque de Guisa para que viniese cuanto mas antes á ponerse al frente de los buenos católicos que se hallaban en peligro, llegando hasta á decirle que en caso de vacilar cuando el combate era indispensable, no les faltaria otro jefe que quisiese conducirlos al peligro.

El rey por su parte sabedor de todas estas tramas, prohibió al duque de Guisa y á los parciales que le acompañaban en Lorena, volver á París sin que precediese para ello una orden suya. Al mismo tiempo hacia que se acercasen á la capital las tropas que le eran mas leales, tomando otras disposiciones para neutralizar las de los vecinos de París y refrenar al menos su osadía. Habia pocos momentos que perder: de una y otra parte se estaban preparando para una lucha abierta. La colision que pocos años antes habia tenido lugar entre católicos y calvinistas, iba á realizarse ahora entre católicos fanáticos, y los que á los ojos de los primeros pasaban por tibios y por indiferentes. Era la misma intolerancia, el mismo deseo de persecucion el que á los parisienses agi-

taba. Antes, se habia mostrado el rey instrumento dócil de sus voluntades. Ahora era el rey el blanco de todos sus enojos. Se trataba nada menos que de un destronamiento, porque Enrique III, á los ojos de la liga, no tenia de católico mas que la apariencia.

El duque de Guisa, penetrado de que no habia ya momento que perder, voló á París, á pesar de la prohibicion expresa del monarca. Aunque hizo su entrada en ademan de disfrazado, fué reconocido por los suyos y acogido con demostraciones de entusiasmo. Pronto se supo en todo París la llegada de este famoso personaje. Se alarmó la corte, y el rey se llenó de indignacion al ver tanta osadía por parte de su súbdito. Pero este súbdito, mas soberano en París que el mismo Enrique, arrojó su cólera presentándose en el Louvre, donde dió sus excusas por su venida á la capital sin orden del monarca.

Hubo de contentarse el rey con ellas, puesto que le admitió á su presencia y le hizo un recibimiento favorable, aunque marcado con un tono de reconvenccion que daba mas realce á su flaqueza.

Ya no era tiempo de tergiversar para ninguno de los dos partidos. O el rey ó Guisa iba á quedar en París de soberano. Puso el primero sus tropas en movimiento para sujetar la capital: organizó la capital sin tropas sus medios de defensa. Los vecinos acudieron á sus puestos. Se cerraron las tiendas y las puertas de las casas: se coronaron las ventanas y los techos de personas en actitud de lanzar proyectiles y toda clase de materias inflamadas. Mientras las tropas penetraban por la capital y se apoderaban de los puntos principales, se barreaban las calles con cadenas de hierro, estacas y demas obstáculos. Se vieron así las tropas embarazadas en sus movimientos, privadas de sus mútuas comunicaciones, á merced del populacho que los acometia al abrigo de aquella clase de fortificaciones, acosados por los golpes que les venian de lo alto, sin ser bastantes á apagar los fuegos de aquellas

baterías. La partida no era igual: corrían los invasores á una ruina inevitable, empeñándose en seguir adelante con la empresa. Tuvieron, pues, que retroceder del mejor modo que pudieron, pues los vecinos, percibiéndolos en retirada, trataron de facilitársela sin cometer con ellos mas hostilidades.

Esta famosa jornada, conocida en la historia con el nombre de Jornada de las Barricadas, no fué muy sangrienta, como se deja ver por este relato tan conciso; mas fué un triunfo para el pueblo de París, un triunfo para la santa liga, un triunfo sin igual para el duque de Guisa, que se atrevió á medirse frente á frente con el rey de Francia. Contemplaba éste desde el Louvre con todos los sentimientos de tristeza, de la indignacion mas viva, este desaire de su autoridad, esta victoria de sus encarnizados enemigos. ¿Qué le restaba que hacer en tan triste coyuntura? ¿Permanecería en París, donde se hallaba su cetro destrozado? ¿Aguardaría en el Louvre que viniesen á sitiarse é imponerle mas duras condiciones? Consistía, pues, su salvacion en alejarse de París: así lo hizo en efecto al dia siguiente, dirigiéndose á Chartres con la reina madre y sus fieles servidores.

Tocaba el drama ya á su desenlace; mas por ahora volveremos á otro de no menos interés, y en que tambien hacia papel el rey de España.

CAPITULO LX.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.--Regencia del conde de Morton en este último país.--Mayoría de Jacobo IV.--Proceso y suplicio de Morton.--Situacion de Inglaterra.--Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares.--Implicacion de Babington.--Implicacion de María Estuarda.--Proceso de esta reina.--Esccondenada á muerte.--Su suplicio.--Su carácter (1).

1577—1587.

Los negocios de Escocia y de Inglaterra se hallan tan estrechamente unidos casi en todo el reinado de Isabel, que apenas se pueden tratar por separado. Era tal la influencia y hasta la preponderancia que ejercía esta reina en el primero de los dos países, que casi puede decirse dominaba en ambos. Venía ya esta prepotencia desde muy antiguo, y en todas las épocas, á pesar del odio nacional que mutuamente se profesaban ambos pueblos, siempre se hacia sentir en el escocés el ascendiente del vecino. Fomentó Enrique VIII los disturbios religiosos que comenzaron á agitar la Escocia en el reinado de Jacobo V, ó por mejor decir, protegió en cuanto pudo al partido reformista. Igual conducta observó el protector del reino duque de Sommerset, durante la minoría de Eduardo VI, y la misma fué la clave de la política de Isabel durante todos estos choques.

Ya hemos visto sus muchos y poderosos motivos para mezclarse en los asuntos de aquel reino, y la influencia preponderante de su voz en las contiendas y hasta guerras declaradas entre los partidarios de María y los adictos

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLII.